

LITERATURA Y SINTAXIS DEL PLACER¹

MIGUEL ÁNGEL TOLEDANO RODRÍGUEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Decía Miguel de Cervantes, en el prólogo de su queridísimo *Persiles*², que toda escritura es un viaje deslumbrante hacia los hombres discretos. Con esa indicación, el autor del Quijote no sólo nos aclara, sino que nos regalaba el quehacer de un hombre, porque eso es, en esencia y expresado con toda claridad y belleza, la Literatura: “un viaje hacia los hombres discretos”. El misterio de la creación literaria no es fácil de expresar. Como no es fácil diferenciar en el tratamiento de algunos temas lo específicamente literario de lo que no lo es. Pero como nuestro interés y cuidado por la escritura, toda escritura, es permanente, esperemos que incluso en estas palabras, que nacen con la intención de aclarar algunos aspectos con voluntad no sólo analítica, sino expresiva, la literatura acabe por manifestarse de alguna manera. Si así fuere, si consiguiésemos transmitir algo del amor y la ternura que a los seres humanos nos despierta todo lo efímero, el viaje sería además un viaje compartido y, por tanto, plenamente valioso.

Si algo me ha movido a la composición de este texto ha sido mi profunda convicción de que la obra de arte, la obra de creación, es de tal envergadura y tan vivificante que siempre deja un resquicio para que inventemos, fantaseemos y elaboremos sobre ella. Es más, creo de verdad que, de alguna manera, la obra de creación es tanto de quien la crea como de quien la lee, la observa, la escucha, en definitiva, de quien la recibe y la recrea. Hablaremos por ello en estas notas de valores reconocidos de la literatura, pero también de algunas de las complejas cuestiones que el hecho de la creación plantea y que a veces desbordan lo estrictamente literario para entrar necesariamente en el campo del arte, de la filosofía y de la estética, concebida en su más amplio sentido.

DE LOS PROPÓSITOS: EL DESVELAMIENTO DEL SECRETO

A lo largo de los años mientras leía, estudiaba y escribía, no he dejado de interesarme por los puntos de orientación y apoyo en los que se funda el deseo de convertir en palabras los sentimientos y emociones de la vida, de reflexionar sobre lo que significa la literatura, lo que se persigue con ella, las aspiraciones que empujan a escribir y a leer, las sensibilidades, los espíritus afines que te enseñan, te sostienen y acompañan, las obras maestras escritas, al fin y al cabo, por personas de carne y hueso como nosotros,

¹ Trabajo de presentación como Académico Correspondiente pronunciado el día 10 de marzo de 2005.

² Miguel de Cervantes: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Clásicos Castalia, Madrid, 1969.

saber algo de lo que tales personas dijeron sobre el oficio de escribir, este extraño oficio de arrancarle a la vida sus secretos, pensar sobre mi propia y modesta experiencia como persona que escribe y tiene sus íntimas, casi inconfesables, ambiciones, entre las que se cuenta la inaudita pretensión de hacer más ligera la carga de la vida, a mí mismo, a otras personas... Y lo más sorprendente de todo, que no es el hecho de escribir, que a veces considero un impulso casi tan innato como la necesidad de comer o de dormir, sino el salto hacia los otros, ese momento en el que las palabras escritas en secreto, las frases construidas desde la sintaxis de la vida más íntima del escritor, llegan hasta los demás. Ese desvelamiento del secreto no deja de producir una extraña sensación a cada autor, porque ha puesto mucho de sí mismo en lo que ofrece a la mirada de todos. Así son los secretos. Pero el destino del secreto literario es precisamente su desvelamiento y casi nunca se está suficientemente preparado para ello. El paso se hace siempre sobre el abismo. Suspendiéndose en el vacío.

Teorizar y divagar sobre todo esto me ha proporcionado gran placer, un placer solo superado por el que producen las maravillosas experiencias de leer, de enseñar y de escribir, y créanme que soy plenamente consciente de usar en un contexto intelectual esta palabra –placer– que no sólo remite a experiencias físicas, sensoriales, sino también a las estéticas y espirituales. Es la idea de placer la que aparece con mayor frecuencia junto a la experiencia de la literatura, de ahí la referencia exacta en el título elegido para estas palabras, esta forma informal de ensayo sobre los asuntos de la vida y de la literatura. Porque no se puede hablar, me parece a mí, de literatura sin hablar de la vida. Ambas están intrínseca y esencialmente vinculadas y debo confesar que yo padezco cierta confusión entre una y otra y no será de extrañar que los juicios literarios aquí expuestos no sean tan puros como a algunos les gustaría. El asunto que nos ocupa está lejos de ser científico y no se presta a someterse a sistema; al menos no seré yo quien se pierda en ese empeño, pudiéndome perder por caminos más misteriosos y sugestivos.

Soledad Puértolas escribió hace tiempo un breve y luminoso relato cuyo protagonista es un soldado que, convaleciente de las heridas de guerra, accede de forma inesperada al descubrimiento de la belleza en los cuerpos de dos jóvenes que se aman ante sus ojos. En realidad no importa tanto en qué consiste la belleza ni quién le haya dado la oportunidad de contemplarla, sino el hecho de haberla descubierto y vivido. El soldado de ese relato queda enmudecido para siempre, con su propia vida iluminándole el alma, sin necesidad ya de pronunciar palabra alguna. Tal vez, si a todos nos fuese dada una revelación así de poderosa, enmudeceríamos como él, pero puesto que muchos de nosotros sólo percibimos atisbos e intuiciones, destellos fragmentarios de la belleza, escribimos, damos constancia de ello, para que duren más. Reflexionemos, pues, sobre el misterio, intentemos explicarlo y explicarnos, pero sin olvidarnos de que gozar es la experiencia estética primordial.

Y ahora ya, expuestos los principios que nos declaran, creo llegado el momento propicio de invitaros a emprender un viaje, navegar hacia los orígenes de la literatura, hacia los tiempos remotos en los que los hombres ya sintieron, mostrando de ese modo su exacta condición de seres humanos, la necesidad y el placer de expresarse. Porque solamente así comprenderemos, como dice Antonio Gamoneda, que todo sucede en el lenguaje, incluso el silencio³. Se trata, en todo caso, de una sugerencia, una invitación para que me acompañéis en un viaje al más allá por un camino que se inicia en el nacimiento de las primeras metáforas de la vida. Y os sugiero que penetréis en él como

³ Antonio Gamoneda: *Arden las pérdidas*. Tusquets, Marginales 213: Nuevos Textos Sagrados, Barcelona, 2003.

si emprendiésemos el viaje de *Jasón y los argonautas*, porque es una propuesta sugerente, enigmática y poderosa que se nos ofrece como quien incita a un viaje a terrenos extraños aunque transitables para los hombres dispuestos a esforzarse en no ocultar su memoria, en mantener sus sueños o en recuperarlos, en el intento de reconciliarnos con el mundo, de ser capaces de respirar con dignidad en esta vida llena de injusticias tan injustificables.

DE LOS ORÍGENES: MITO Y LITERATURA

Y en los orígenes de la humanidad y de la literatura están los Mitos. Los mitos son relatos tradicionales que narran los hechos memorables de unos seres extraordinarios en un tiempo prestigioso y remoto. Todo mito es un *relato*, algo más que un agregado de símbolos. *Mtýhos*, del griego, en su significado básico y originario es una historia o cuento en el sentido más amplio, una secuencia narrativa. Y es *tradicional*, algo que se cuenta y se repite desde antes, que nos llega del pasado como una herencia colectiva. El mito pertenece a la memoria de la gente y el terreno de la mitología es el ámbito de esa memoria popular. Los mitos expresan temas fundamentales en la concepción de la vida y el mundo: los orígenes del universo y de la vida, el hallazgo del arte, los cambios de la naturaleza, la necesidad de la muerte. Mientras tanto, los cuentos populares son puramente imaginativos y destinados al entretenimiento.

El mundo mítico, al mismo tiempo, es un mundo dramático, un mundo de acciones, de fuerzas, de poderes en conflicto [*drâma*, etimológicamente significa *acción*, mientras que *lógos* equivale a razón, razonamiento y *discurso*]. En la narración mítica la comunidad ve algo que posee un valor ejemplar, que merece ser recordado como ilustración de sus costumbres, como explicación del mundo, algo que confiere un sentido a ciertas ceremonias ancestrales. La evocación de los mitos es un patrimonio común, tiene una función colectiva y contribuye a la cohesión social. Píndaro utiliza más tarde el mito al servicio de su ideología, conservadora y aristocrática, mientras que la tragedia griega —los trágicos atenienses— se construye sobre los grandes temas míticos, pero los héroes se convierten en testigos de la grandeza y la fragilidad de la enigmática condición humana. Al evocar el mito, el relato situado en ese lejano pasado histórico, la tragedia cuestiona el presente. Hesiodo, en el famoso mito de las edades, cuenta que hay una *Edad de los Héroes*, que precede a nuestra época, a la del propio Hesiodo, a la edad del hierro. Es el tiempo mítico, el de los orígenes de las cosas, el tiempo en que los hombres hablaban con los dioses, el tiempo del que nos separa la historia y nuestra mentalidad, el tiempo del eterno retorno y del nunca jamás⁴.

Y Llegados a este puerto, convendría que nos detuviésemos unos instantes en dos precisiones terminológicas fundamentales: la que distingue el término *lógos* del ya analizado *mythos*. *Lógos* es un vocablo mucho más amplio que posee los valores de “palabra, frase, tratado, razonamiento, discurso”, que exceden el campo semántico de *mythos*. Tucídides, Eurípides y Platón son los primeros testigos de esa oposición que marca una etapa en la cultura griega, porque, como el mito, también la Filosofía indaga el comienzo y fundamento, la *arché* de las cosas, pero por otro camino, el racional. Y, en segundo lugar, la referida al vocablo jonio *historié* [cuya forma ática es *historía*], que significa

⁴ A diferencia de la inmediatez y las prisas en las que nos desenvolvemos hoy, en la Grecia clásica ese pasado mítico es percibido como algo no muy lejano: las sagas heroicas sobre *La guerra de Troya* o *La conquista de Tebas*, podrían situarse en unos tiempos no muy distantes de la época en la que componía Homero sus poemas: sólo tres o cuatro siglos antes.

“indagación, investigación”, y en la primera frase de la Historia de Herodoto va unido al término *apódexis*, “exposición, demostración” Del mito no cabe una *apódexis*, una demostración posible, una referencia directa en la realidad tangible. Además, el mito habla siempre de *thaúmata*, de “hechos admirables”, mientras el historiador expone para el conocimiento de lo real.

Algunos intentos simplistas de caracterizar al mito como referido siempre a “lo sagrado”, a la “historia de los dioses”, yerran rotundamente cuando pensamos en la mitología clásica: el mito de Edipo, por ejemplo, no trata de dioses y tiene muy poco que ver con la religión. En algunos pueblos, la mitología está ligada a la literatura religiosa, pero en Grecia los mitos no pertenecen a ningún grupo social en su tradición, ni están encomendados a los sacerdotes, sino a los poetas, educadores tradicionales del pueblo griego hasta que los filósofos vinieron a reclamar esa competencia. Ello proporciona a los mitos clásicos una flexibilidad, una apertura y libertad de transmisión que les han permitido evolucionar notablemente como ningunos otros.

Para la divulgación de la mitología, así como para la de otras ramas del saber tan importantes como la Historiografía y la Filosofía, hay un hecho fundamental: la divulgación de la escritura, que no es sólo un instrumento de civilización, sino también y sobre todo un nuevo terreno para la discusión y la demostración del saber. La relación entre “mito y literatura” no supone ninguna novedad, ya ha sido planteada muchas veces. Con frecuencia se refieren a ella algunos críticos literarios que tratan de la pervivencia de los mitos en la poesía moderna o actual. O en la nostalgia mítica de nuestra época. La literatura oral posee un carácter formulario y el repetir los mitos es la función primordial, recordatoria de la épica. Las Musas, hijas de Mnemósine, son los poderes divinos que el poeta invoca para que le inspiren no algo nuevo, sino el recuerdo exacto del pasado. Con la aparición y divulgación de la escritura cambia la función del poeta⁵.

Los griegos no tenían una palabra para designar lo que nosotros llamamos “literatura”. Las expresiones más cercanas serían *paideia*, “educación”, y *mousiké*, “el arte concedido por las musas”, que englobaba a la poesía, la música y, por extensión, la literatura⁶. Pero su literatura estaba unida a su mitología, y los mitos eran literatura, algo sin paralelo en nuestro mundo actual. Filósofos hubo, desde Jenófanes y Heráclito hasta Platón, que protestaron por ese dominio de la enseñanza de los mitos, contados por los poetas, pero los mitos siguieron siendo hasta la época helenística el humus en que se enraíza toda la gran literatura. Sólo la Comedia Nueva y, siglos después, la novela griega aparecen como géneros desprovistos ya de ese arraigo mítico. Pero, conviene dejarlo claro: como ocurre con toda verdadera literatura, el mito no aporta soluciones, sino que sirve de “mediador” en la expresión de los grandes dilemas sociales.

El mito, recibido del pasado como un placentero aunque ambiguo legado, es siempre más que una ficción gratuita, puesto que habla, en su claro y enigmático idioma propio, de temas que han asediado la imaginación de muchísimos seres humanos desde generaciones remotas. Hasta qué punto el mito y la literatura significan para nosotros algo más que un entretenimiento —como la literatura de ficción, según Plutarco— es

⁵ No es casual que Estesícoro, el lírico del siglo VII [a.C.], introduzca curiosas novedades en sus relatos: es él quien dice, por ejemplo, que Helena nunca fue a Troya, sino que Paris raptó a un doble de la hermosa reina de Esparta, y que fue por ese fantasma por lo que aqueos y troyanos lucharon y murieron. Estesícoro se considera un poeta diferente de los *aedos* y *rapsodos* tradicionales.

⁶ Decía Claudio Rodríguez que, más que lenguaje, la poesía es música. Y efectivamente, el pensamiento poético tiene su origen en una forma de música: la *mousiké* de los griegos.

asunto en que no vamos a entrar ahora. Eso dependerá de la sensibilidad y receptividad imaginativa y vital mayor o menor de cada uno, de nuestra disposición hacia el pasado y nuestra navegación y anclaje en el presente. Lo que aquí pretendemos es invitar a una lectura, o relectura, de los viejos y nuevos relatos, de lo que hoy llamamos Literatura. Y hacerlo como quien invita a un viaje a terrenos extraños pero recorridos ya en sueños.

DEL DECURSO: LA APARICIÓN DE LA NOVELA MODERNA

Como sabiamente indicó el gran novelista Alejo Carpentier: “Puede producirse una gran novela en una época, en un país. Esto no significa que en esa época, en ese país exista realmente *la novela*. Para que pueda hablarse de la novela es menester que haya una novelística. Si aceptásemos la definición que, de novela, nos da el Diccionario de la Academia tan novela sería *La Ilíada* como *La canción de Rolando* o *El criticón*. Y, sin embargo, no es así. Un solo poema basta para dotar a un país de una poesía propia; pero para que un país tenga novela, hay que asistir a la labor de varios novelistas, en distintas generaciones, empeñados en una labor paralela, con un esfuerzo continuado y una constante experimentación de la técnica”⁷. De ahí que la novela, como hoy la entendemos sea de invención española. Y esa invención española es la Picaresca que, al cabo de una trayectoria de casi tres siglos –nunca hubo género literario más tenaz ni más dilatado– va a llegar hasta América dando nacimiento, por impulso de su energía, al *Periquillo Sarmiento*.

La Picaresca española, nacida sin saberlo del gracioso embrión del *Lazarillo de Tormes* y llevada hasta la premonitoria autobiografía de Torres Villarroel, cumplía con su función cabal de novelística, que consiste en violar constantemente el principio ingenuo de ser un relato destinado a causar “placer estético a los lectores”, para hacerse un instrumento de indagación, un modo de conocimiento de hombres y de épocas, un modo de conocimiento que rebasa, en muchos casos, las intenciones de su autor. No sabía Rabelais lo que iba a salir de sus manos cuando empezó a escribir un remedo de almanaque popular en el cual se hablaba de un gigante llamado Gargantúa. No sabía, probablemente, Cervantes, al componer los primeros capítulos del Quijote, que iría a escribir una de las novelas más raras, más singulares, más originales de todos los tiempos; novela en la que llega a hablarse de la propia novela, como si los personajes de *El rojo y el negro* hablaran de *El rojo y el negro*; novela donde se descubre (en el capítulo VI) que Don Quijote había leído *La Galatea* de Cervantes; novela donde se ejerce la crítica periodística antes de la invención de los periódicos; donde se parafrasea un texto de Hesíodo cuando viene al caso, donde se introducen novelas de otros géneros dentro de la de la novela principal...

Tal vez por esa complejidad efectivamente, todo hay que decirlo, el *Quijote* es un libro difícil y me atrevo a cuestionar la oportunidad de dárselo a leer sin más a los colegiales. El *Quijote* se desarrolla justo en el límite de la verosimilitud, y el juego que lo inspira es tan difícil, el equilibrio del que parte es tan inestable, que parece mentira que se sostenga con tanta solidez. ¿Y sobre qué se sostiene? Sobre el increíble castellano de Cervantes, sobre el fluir de las frases encabalgadas con una complejidad y naturalidad hasta el momento desconocidas y, a partir de entonces, convertidas en modelo de lengua. La mayoría, ése es mi caso al menos, debimos de esperar hasta años más tarde, mucho después de dejar el colegio, para descubrir, guiados con sabiduría por

⁷ Alejo Carpentier: *Tientos y diferencias*. Arca, Montevideo, 1970 (2ª edición ampliada).

algunos maestros excepcionales, lo que significaba el enigmático adjetivo “genial”: en las páginas del *Quijote* se contienen todos los enigmas de la humanidad; el permanente juego entre la realidad y la ficción, el cuestionamiento de la cordura y la locura, el entendimiento íntimo entre los hombres, las redes de complicidad y simpatía que se tienden entre ellos, la complejidad del comportamiento, la necesidad de mitos... Es en el aspecto insólito de la novela cervantina donde se ve inscrito, proféticamente, el futuro de la novela. La novela debe llegar *más allá de la narración*, del relato, vale decir: de la novela misma, abarcando aquello que Jean Paul Sartre llamó “los contextos”. En su época, Cervantes alcanzó los contextos de la materia novelística tan absolutamente como, mucho después ya en nuestra época, los alcanzarían Joyce o Kafka.

Así pues, mitología y literatura vuelven a fundirse, con el transcurrir de los siglos, en la Novela a través de la criatura de Miguel de Cervantes: don Quijote es el mito literario que ha calado más hondo en la conciencia universal. Despierta en todas partes admiración y simpatía y ha oscurecido por igual a los antiguos dioses y a los antiguos héroes: Apolo y Venus, Agamenón y Aquiles. ¿Qué mundo nos revela para que su nombre tenga más resonancia que cualquier otro nombre en la literatura? Cuando declina el sol y las sombras comienzan a alargarse, basta mirar para saber que su silueta llena el mundo: tiene una sombra planetaria. No hay corazón que no le dé hospedaje, ni lengua que no haya hecho suyas sus palabras. Todos lo aprecian y lo reconocen. Es familiar incluso para aquellos que no han leído aún su historia, que, por desgracia, no son pocos entre nosotros. En fin, puede afirmarse que donde no ha llegado, ni llegará jamás la novela de Cervantes, llega su héroe convertido ya en un mito universal.

Y, abundando en lo que hemos apuntado antes, diremos que los mitos nacen de la esperanza colectiva y se mantienen vivos mientras alienta la esperanza que los hizo nacer. El mito de la *edad dorada*, por ejemplo, representa una de las esperanzas fundadoras del hombre: la esperanza de que la paz y la justicia puedan volver a realizarse sobre la tierra, puesto que ya se realizaron, en un tiempo lejano, sobre ella. Mientras aliente un hombre sobre la tierra, durará esa esperanza. Los mitos, pues, son esperanzas convertidas en alegorías. Adoptan temporalmente nuevas formas, pero no desaparecen. Vuelven a encarnarse, y en sus múltiples avatares no reaparecen por lo que tienen de ilusión, sino por lo que tienen de necesidad. Pues bien, si preguntásemos a cualquiera de nuestros contemporáneos, en cualquier parte del mundo, o a nosotros mismos, en qué consiste el mito quijotesco, contestaríamos: —“Don Quijote es un hombre que lucha por la implantación de la justicia sobre la tierra, aun teniendo la certeza de su fracaso”. Y podríamos añadir: —“No importa su derrota, pues la derrota es inherente al quijotismo, importa su actitud. Cuanto más lo apalean, más dentro de nosotros lo sentimos”.

No hay ser humano que no comparta esta creencia unánime. Pero hasta el oro trae complicaciones, y como escribió Luis Rosales: “La novela de Cervantes es, a un tiempo, sencilla y misteriosa. La prueba de su sencillez es que puede resumirse en muy pocas palabras. Y prueba su misterio el hecho de que se siga hablando de ella eternamente... Algo extraño sucede a sus lectores: parece que no leen el mismo libro o si lo leen tienen ideas distintas sobre él”⁸. No nos extraña: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* no es tan sólo una novela excelente, cosa que nadie discute, sino también una novela muy singular, una novela única. Y ello, entre otras muchas, por dos razones importantísimas. El *Quijote* es un libro de humor; esto es, un libro escrito por su autor para divertirnos, pero, además y ante todo, un libro escrito por su autor para divertirse.

⁸ Luis Rosales: *Cervantes y la libertad*. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1972.

Y ambas cosas suelen olvidarse con frecuencia.

Mas ¿de qué se burla Cervantes? Cervantes no se burla de nada y se divierte con todo. No es igual divertirse que burlarse. La burla es incompatible con el entusiasmo, la diversión en cambio lo presupone. En la escritura del *Quijote* el humor, la ironía, la diversión y el entusiasmo entran a partes iguales, sin estorbarse y equilibrando sus funciones. Por ello se ha afirmado que pocos escritores disfrutaron tanto escribiendo como Cervantes. Hay que poner las cosas en su lugar y dar al texto cervantino su trascendencia, cuando la tiene, y la sonrisa que no le falta nunca. El trascendentalismo crítico no debe hacernos desagradecidos, pues hay muchos detalles en la novela que sólo se escribieron para sonreír y para hacer sonreír. Nos hemos hecho meditativos, serios y cejijuntos, y, a veces, a fuerza de preguntarnos por el significado de la novela hemos llegado a desorientarnos sobre su sentido. Pero para Cervantes esta tarea de divertirse y divertir a sus lectores tenía suma importancia.

El *Quijote* es su obra maestra, y es también la broma más divertida que se ha dado en el mundo, aunque también, como decimos algunos, sea una novela: la primera novela moderna y la más importante de cuantas se escribieron. Todas y cada una de sus palabras tienen que ser leídas con atención, es cierto, pero también con precaución, porque Cervantes juega mucho con sus lectores y juega mucho con la novela⁹. No conocemos las reglas de su juego. En realidad no tiene reglas predefinidas y nosotros, sin darnos cuenta, le aplicamos las nuestras. En la obra de Cervantes todo está claro y nada es seguro. Se explica, pero no se entiende. Cada una de sus palabras tiene que interpretarse no sólo iluminando o descubriendo su sentido —como hacemos casi siempre los estudiosos—, sino además teniendo en cuenta su función humorística y su función novelesca.

Y conviene recordar un consejo que os habréis dado a vosotros mismos más de una vez: si alguien desea leer la novela, léala ingenuamente, sin añadirle sobrentendidos por su cuenta, y crecerá con su lectura. El *Quijote* es mucho más importante que todo lo que pueda pensarse o escribirse sobre él. No debemos olvidar que forma parte de nuestro patrimonio, de la herencia que todos nosotros hemos recibido como españoles y como hombres. Es una obra que tiene un sentido que trasciende su valor estético, tiene una vida de añadidura que se levanta de sus páginas, y, al estudiarlo, su sentido literario y su valor espiritual pesan sobre nosotros. En fin de cuentas, todos leemos *nuestro Quijote*: el libro nos atrae a cada uno de modo diferente y esta atracción procede, en buena parte, de la leyenda mítica que lo rodea.

DE LA CREACIÓN DEL DIÁLOGO: CERVANTES Y LA LIBERTAD

Conviene deslindar el plano mítico del quijotismo y el plano novelesco del protagonista. No suele hacerse. Es difícil hacerlo, pues don Quijote no pertenece únicamente al libro de Cervantes, sino al núcleo de ideas fundamentales de la cultura universal. Por tanto, no nos debe extrañar que la influencia del mito quijotesco nos haya hecho separarnos cada vez más del verdadero protagonista, el hidalgo Alonso Quijano, que es el actor y verdadero autor del raro personaje llamado don Quijote. Al estudiar la función del hidalgo en la novela suele enfocarse míticamente, desde la perspectiva de nuestro tiempo, y, a causa de ello, vemos al personaje con anteojeras y nos privamos de asistir

⁹ Vid. Gonzalo Torrente Ballester: *El Quijote como juego*. Guadarrama, Colección Universitaria de Bolsillo Punto Omega, Madrid, 1975.

como lectores, o, si se quiere, como verdaderos espectadores, a la maravillosa, sencilla, verdadera y jamás contada historia de su proceso de creación.

Hay un aspecto de ese proceso creativo, que se realiza ante los ojos del lector, que considero de suma importancia no sólo para el disfrute de esta novela, sino de toda novela, y no es otro que el descubrimiento que hace Cervantes al considerar el valor del diálogo novelesco. No es uno de los de menor importancia en el desarrollo de toda la literatura posterior. En su etapa inicial, la novela presenta ciertas características, ciertos procedimientos, que son abandonados luego. Veamos sólo una muestra. En el soberbio primer capítulo del *Quijote* leemos lo siguiente:

*Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar –que era hombre docto, graduado en Sigüenza– sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo...*¹⁰

He aquí una muestra viva del diálogo cervantino en la etapa inicial de la novela. Como el lector puede observar por su cuenta propia, es un diálogo escrito en estilo indirecto. Los personajes no hablan por sí mismos. Hablan con voz ajena. Su voz y sus palabras son las del Narrador. Teniendo en cuenta que Cervantes es un verdadero maestro del diálogo, es extrañísimo que en su etapa inicial los personajes no dialoguen, no hablen: se cuenta y se resume lo que dicen. Si al comenzar a escribir el *Quijote* no lo utiliza es porque aún no tiene conciencia plena del valor que el diálogo va a cobrar en su estilo, hasta convertirse en su elemento esencial y definidor. Así pues, leyendo los primeros capítulos, asistimos, maravillados a los tanteos que está haciendo Cervantes para encontrar su propia fórmula novelesca.

Veamos ahora una pequeña muestra del diálogo cervantino, al iniciarse la segunda salida de don Quijote:

Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

– Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

A lo cual le respondió don Quijote:

– Has de saber, amigo Sancho, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella... [...] Y no lo tengas a mucho; que cosas y casos acontecen a los tales caballeros [...] que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

– De esa manera –respondió Sancho Panza– si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos, Juana Gutiérrez, mi oislo, vendría a ser reina, y mis hijos infantes.

¹⁰ *Don Quijote de la Mancha*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004 (Edición del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico), I, 1.

– *Pues ¿quién lo duda?* – respondió don Quijote.

– *Yo lo dudo* –replicó Sancho Panza–; *porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra...*¹¹

Este diálogo es ya completamente distinto. Hablan los personajes por sí mismos, con esas mil matizaciones personales que son la maravilla del *Quijote*. El estilo es directo, el tono pausado, la respuesta vivaz. Así quisiéramos hablar todos. No sólo se ha producido un cambio de inflexión o de tono. Tiene mucha más importancia: supone todo un cambio de estilo. Ahora bien, para que se haya operado ese cambio estilístico tan importante es necesario que la novela haya cambiado de sentido. En definitiva, la evolución del carácter del protagonista es lo que da lugar a esa apertura del diálogo, que va a ser desde ese momento la característica esencial del *Quijote*. Jean Daniel¹² es uno de los pensadores actuales que han sabido entender que el diálogo verdadero no es una confrontación entre dos personas o dos realidades para dirimir quién tiene razón y quién está equivocado. El diálogo es –debería ser– un intercambio del que salga una verdad nueva, que no es ninguna de las dos que entraron en confrontación. La verdad puede ser una construcción compartida. Y ése es el sentido que ya apunta Cervantes en su novela.

No nos podemos extender sobre el tema, pero señalemos también que en los primeros capítulos del libro, don Quijote habla de un modo extraño a él. Como todo el mundo sabe, habla en la jerga de los libros de caballerías, con expresiones desustanciadas, retóricas y con palabras caídas en desuso o, mejor dicho, nunca usadas. Escuchemos su saludo a las alegres mozas de la venta:

– *Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran...*¹³

Las mozas, naturalmente, no le contestan. No pueden. La intención del autor es bien clara. En la primera etapa de su historia, las palabras de don Quijote no plantean un diálogo. Su función es bien distinta: estimulan una reacción, la risa. Bien entendido: tanto la risa del lector como la risa de las mozas que, literalmente, se desternillan oyéndose llamar doncellas, entre la hojarasca de su discurso, cosa tan lejos de la verdad. Don Quijote tiene un lenguaje tan anticuado como sus armas, un lenguaje mohoso, y cuanto dice resulta tan extraño a quienes le oyen que su palabra no es otra cosa que un aditamento más de su ridículo atuendo; no tiene otra función, ni otro sentido que presentar grotescamente al personaje. Nadie le puede contestar porque el suyo no es un lenguaje hablado: es un lenguaje escrito en solfa, un lenguaje imposible para comunicarse.

Nadie, en efecto, le contesta, pues el primer don Quijote, el personaje de los primeros capítulos de la obra, se encuentra condenado a la incomunicación con sus semejantes. Y no puede dialogar por dos razones principalísimas: la primera, porque no habla en una lengua conocida, sino en una jerga literaria y caricatural; pero, además, porque se ha vuelto “loco”¹⁴ y por tanto se encuentra recluso en su idea fija. La locura lo aísla,

¹¹ *Quij.*, I, 7.

¹² Jean Daniel es director de *Le Nouvelle Observateur*, la revista francesa referente de cultura y periodismo, y gran apasionado por Ramón Llull.

¹³ *Quij.*, I, 2.

¹⁴ Vid. Carlos Castilla del Pino: *Cordura y locura en Cervantes*. Península, Barcelona, 2005.

lo maniatada y le impide dialogar. Así pues, en el arranque de su historia, don Quijote se encuentra aislado por partida doble: no sólo en su locura, sino también en su lenguaje. Aunque entable conversación con el prójimo, no puede hablar con él. Se encuentra encarcelado en su expresión y sus propias palabras son las paredes de su cárcel. Cervantes lo hace utilizar esta jerga, probablemente, porque conviene a sus fines iniciales: satirizar la novela de caballerías y ridiculizar a don Quijote. Nada, en efecto, tan ridículo como hacerle hablar en un lenguaje deshumanizado que sólo sirve para aislarlo, para diferenciarlo del resto de los hombres e impedirle la comunicación. ¡Quién diría que con tales comienzos don Quijote, como resultado de la compleja evolución que va sufriendo a lo largo de su trayectoria vital, llegará a ser el mejor conversador que haya habido en el mundo!

Para ello tendrá el autor que modificar, en éste y otros muchísimos puntos, el planteamiento de su novela. Y no será el de menor importancia la invención de Sancho. También aquí Cervantes nos muestra que no estamos solos, un hombre solo no es nada. Un hombre solo es un peligro. Necesitamos darnos a los demás y recibir lo que ellos nos den. Cuanto más grande y más sabia es una persona, más se abre y más se ofrece. Y, así, hoy no podemos concebir a don Quijote sin compañía, pues lo mejor de su carácter es la entrega a sus semejantes: ésa es su singularidad. Hoy no podemos concebirlo sin llevar a su lado precisamente a Sancho Panza. Sin Sancho no hay Quijote. Sin Sancho no hay novela. Es la invención del personaje de Sancho quien le va a permitir el diálogo. En su etapa inicial, don Quijote es un loco desabrido que sólo habla de sus andantes caballerías. Pero a partir del capítulo VII, deja de ser un loco desabrido y se convierte en un loco entreverado que a veces dice desatinos y, a veces, habla con lucidez. Su desabrimiento anterior se convierte en cordialidad. Esta humanización del personaje, que lo hace más complejo, es el gran paso cervantino, el paso decisivo en el proceso creador del carácter de don Quijote. Mantener el carácter grotesco de su héroe después de haberle dado tal grandeza de alma es, indudablemente, uno de los mayores aciertos de Cervantes, y así fue puesto de relieve por el propio Dostoyevski.

Harold Bloom, ha publicado recientemente un artículo titulado *Don Quijote después de cuatro siglos*, en el que afirma: “La novela de Cervantes (que es el nacimiento del género) es memorable por dos fantásticos seres humanos, Don Quijote y Sancho Panza y por la relación afectuosa e irascible entre ellos, No existe una relación así en Shakespeare” [...] “Hamlet es, en definitiva, un individuo indiferente hacia sí mismo y hacia los demás, mientras que el hidalgo español es un hombre que se preocupa por sí mismo, por Sancho y por quienes necesitan ayuda” [...] “En una ocasión dije que Shakespeare nos enseña a hablar con nosotros mismos, pero Cervantes nos enseña a hablar unos con otros” Y concluye: “Ambos son vitalistas, pero dos autores tan modernos son, al mismo tiempo escépticos, y por eso Hamlet y Don Quijote están llenos de ironía, incluso en medio de la locura. El padre castellano de la novela y el poeta y dramaturgo inglés comparten un entusiasmo y una exuberancia que constituyen su talento genial, superior al de todos los demás, en cualquier otra época y en cualquier otra lengua”¹⁵.

DE LA METÁFORA: EL RELATO Y EL MISTERIO DE LA VIDA

Los relatos antiguos, como sabemos ya, son el origen de la novela. Es curioso que el

¹⁵ Harol Bloom es hispanista, autor, entre otros ensayos, de *El canon occidental*. Posteriormente ha publicado *¿Dónde se encuentra la sabiduría?* Taurus, Madrid, 2005 y *Genios*. Anagrama, Barcelona, 2005. El artículo reseñado apareció en *El País*, Madrid, 14-2-2005.

oficio de contar cuentos sea uno de los más viejos del mundo, como si la necesidad de fabulación del hombre hubiera nacido con él, como si en el mismo instante de tomar conciencia de la realidad, necesitara salirse de ella, situarse a cierta distancia para comprenderla. Los historiadores de las religiones tienen en los cuentos una copiosa fuente de información, sujeta a las más variadas interpretaciones. Y sean cuales fueren las conclusiones a las que lleguen, el punto de partida parece indiscutible: al hombre no le basta la vida. Nunca le ha bastado. La necesidad de trascender la realidad, de señalar una verdad enterrada en los quehaceres cotidianos, en ese suceder abrumador de rutinas, desgracias e incluso dichas, no ha desaparecido del mundo. Algo nos empuja a romper el hilo conductor de nuestras vidas y a hacernos una pregunta. De sobra sabemos ya que no hay respuesta, pero eso no detiene la necesidad del hombre de seguir preguntando, de seguir inventando relatos.

Creo que ésta es una de las funciones de la literatura. En nuestro desconcierto, más aún en los primeros años, nos gusta escuchar historias que nos hagan vislumbrar leves rendijas por donde se filtre un sentido sobrenatural y mágico, un mundo remoto del que vinimos y al que volveremos, un poder y una gloria que no nos pertenecen. Luego vamos creciendo y nos apartamos de esos territorios en los que las palabras sonaban con inocencia y muy raras veces volvemos a los cuentos infantiles. Y siempre nos queda la sospecha de que en aquellas palabras primeras de las que nos hemos ido alejando, en las primeras historias que nos contaron o hubiésemos deseado que nos contaran, en los cuentos que no hemos sabido contar en el momento adecuado, está la clave de todo lo que nos empuja todavía, de lo que hemos seguido [de lo que podemos seguir] leyendo después, en una especie de reparación necesaria.

Cada novela ofrece, a su modo, una metáfora de la vida, un intento de aproximarnos al misterio, y, si no a desvelarlo, lo que sería una pretensión imposible, al menos a vislumbrarlo. Los creadores, cuando hablan de sus propósitos, hacen frecuentes referencias a ese misterio de la vida, admitiendo que efectivamente no se sabe dónde reside, porque sólo se presiente alguna vez, y sólo podemos evocar el fugaz pero intenso consuelo que produce. El mundo no siempre es un lugar muy agradable, y nuestra posibilidad de mejorarlo no parece muy clara, la vida no resulta sencilla, e innumerables preguntas sin respuesta se acumulan... ¡Cuánto se agradece en tales ocasiones poder sumergirnos en las páginas de un libro que nos muestre el mundo de otro modo y nos den un poco de consuelo, esperanza o alegría! Tal como está y ha sido el mundo, y las desgracias tremendas que se suceden y no se solucionan, creo sinceramente que uno de los grandes favores que una persona puede hacer a otra [sin duda no el mayor, pero sí enorme] es proporcionarle un rato de entretenimiento, y en ese rato de entretenimiento, enfrentarle a la vida de los otros, lograr interesarle. El escritor no tiene el poder de cambiar el mundo, pero su mirada sobre la realidad y sobre las personas proporciona un insólito consuelo.

Hay horas en que nuestro interior se agota y una mirada hacia el mundo lo revitaliza. Hay horas en las que la amargura o el dolor nos paralizan y se ponen al servicio de la malsana idea de hacer de nuestro yo el centro del universo. Horas en las que el sufrimiento, como decía Pavese, no sirve para nada, sino, todo lo más, para invadirlo todo, para teñir la realidad de su oscuro color. Horas, también, de soberbia, arrogancia y engañosa seriedad, de una absoluta pérdida de conciencia de la frágil y contradictoria, pero no siempre miserable, naturaleza de los hombres y de esa entequeia llamada alma humana¹⁶. En esas horas también podemos hallar en las páginas de un buen libro un

¹⁶ *Alma*, la forma femenina de *Almus*, que significa: "nutricio, feraz".

mundo en el que perdernos y orientarnos, unos personajes que, afines o distintos a nosotros, amplíen, profundicen o amenicen la vida. Puede haber allí ese humor que nos falta, ese amor, esa nostalgia, ese paso hacia un lugar indeterminado y valioso. Ese libro puede sacarnos de nosotros mismos, puede hacernos mirar de otra manera. O, simplemente, cristalizar el tiempo, el nuestro, e imponer el suyo, asombrosamente más rico y poderoso que el real.

DEL SILENCIO DE LA LECTURA: EL GOZO DE LA PALABRA

Es legendaria la explicación que dio Juan Rulfo cuando le preguntaron por qué había escrito su gran novela, *Pedro Páramo*: “Busqué en la estantería un libro que ansiaba leer y no lo hallé”. Lo dijo de muchas formas, y ésa fue una de ellas. Julio Cortázar explicó en las primeras páginas de *Rayuela* cómo escribir es una forma imprescindible de vivir. Hemingway tenía siempre a punto su ración de clásicos, desde Proust a Joyce y Quevedo, “siempre estoy leyendo libros, no haría otra cosa”. Faulkner leía *El Quijote* todos los años, “como algunos leen *La Biblia*; simplemente leo una escena o algo sobre un personaje, del mismo modo que me encontraría con un amigo para conversar unos minutos”. Jorge Luis Borges para quien uno no es lo que es por lo que ha escrito, sino por lo que ha leído, tuvo la vocación de ser él mismo una biblioteca, pero despreciaba sus propios libros: “Con una línea que pase a la historia de entre todo lo que he escrito, bastaría”. En alguna ocasión comentó: “El libro, ese instrumento sin el cual no puedo imaginar mi vida, y que no es menos íntimo para mí que las manos o los ojos, es una extensión de la memoria y de la imaginación”.

Los escritores son lectores que escriben. Y los lectores son luego sus cómplices, los “semejantes”, de los que hablaba Baudelaire. Y bien, llevo casi treinta años como profesor de Lengua y Literatura españolas y lo que he querido transmitir sobre todo a mis alumnos, dentro y fuera de las clases, es el amor a la lectura. Que lean, que lean las grandes obras de literatura. Y que aprendan a leerlas no como textos cerrados, sino abiertos a múltiples significados. Lo importante es que cada uno aprenda a pensar por sí mismo y no se dejen nunca seducir por los múltiples e impactantes reclamos, que no se dejen intimidar ni siquiera por la autoridad. La literatura es un milagro: escribir es un regalo, pero leer es un regalo maravilloso. Es algo con lo que, además de disfrutar, alcanzamos la capacidad de conocer y conocernos, aprendemos a dialogar, a saber convivir, a tener una visión y un sentido crítico de la vida.

Dice José Luis Sampedro que estamos en unos momentos “peligrosos”, se va extendiendo un sistema una de cuyas formas de dominación es llevarnos hacia la trivialidad, poniendo en decadencia los valores de una sociedad que vive envenenada de trivialidades. Cada uno tiene que adquirir su compromiso: tenemos que cultivar y cultivarnos. Y no hace falta hacer cosas deslumbrantes ni espectaculares, sino hacer las cosas bien hechas. Cada uno en lo suyo. Tendríamos que buscar no lo que nos aturde, lo que nos hipnotiza, el vacío insulso, sino lo que nos llena, lo que nos hace crecer. Lo que nos divierte [del latín *Divertere*, es decir, verter dentro, llenar nuestra vida]. La cultura ha de pretender siempre despertarnos, provocarnos. Bien, pues, en estos tiempos en los que ya hemos visto casi de todo, y no sólo en el mundo de la Literatura, la única provocación posible es la inteligencia. Por eso hay tan pocas provocaciones interesantes hoy día.

Las personas con interés, con sensibilidad literaria, siempre están buscando tiempo y silencio para entregarse a la lectura, y concentran en ella toda su atención. Si, aunque sólo sea por unos días, esa lectura atenta y sin perturbaciones les es vedada, se sienten

empobrecidos. Ciertamente es que, en nuestro modo de vida, cada vez resulta más difícil disponer de las suficientes pausas, tan vitales, pero deberíamos hacer caso de nuestro yo más íntimo cuando nos reclama el deseo de refugiarnos en algún cálido lugar, con un libro entre las manos, quieta la voluntad, ajenos a todas las urgencias y obligaciones, aspirando sólo a una tregua amable, grata y confortadora, porque como nos indica el filósofo y académico Emilio Lledó, autor de *El silencio de la escritura*: “La función esencial de los seres humanos es nutrir su inteligencia, y para hacerlo lo más importante es el lenguaje. Leer es romper con la monotonía de nuestro propio discurso, tan empobrecido a veces, llenar de aire nuevo la mente con todas las buenas obras que se han escrito; la literatura es la verdadera joya de la humanidad. Una biblioteca es por eso siempre memoria, diálogo y luz”¹⁷.

Leer es una infinita compañía que no está sujeta al presente pequeñísimo que vivimos... Poder hablar con Fernando de Rojas, con Cervantes, con Dickens, con Valle-Inclán, con Borges, con Camus, con Kafka, con *Proust*, con Faulkner, James, *Dostoyevski*, con Juan Rulfo, García Márquez, Cortázar, con Juan Benet, Sánchez Ferlosio, con Muñoz Molina, con Javier Marías, entre otros, eso nos hace diálogo infinito, nos completa. Leer es un gran milagro, porque nos instala en ese lugar donde espera la memoria para iluminar el tiempo pasado, en el que inyectamos nuestro presente. La combinación de esas experiencias ajenas y propias, la lectura y la vida, es lo que somos.

Dicen que conforme vamos haciéndonos mayores, nos vamos volviendo más sabios. Y, como ha recordado recientemente Tapiés, lo hacemos en el sentido más real del término, que es el de aprender a vivir. La literatura agudiza mucho la inteligencia, pero ya Miguel de Cervantes nos enseñó que la máxima expresión de la inteligencia es la bondad. Eso y la capacidad de transformar la realidad con todas sus penalidades en unas pocas palabras llenas de belleza es exactamente lo mismo. Cuando él se pone a escribir el Quijote tiene ya cincuenta y ocho años, llevaba veinte sin publicar nada y se sentía fracasado. La vida no fue excesivamente amable con él. Sin embargo, fue capaz de sobreponerse a las miserias y a la injusticia y supo extender una mirada generosa y compasiva sobre todos los errores, todas las debilidades del ser humano. El Quijote busca, como todos los grandes relatos, en el fondo del alma y descubre misterios, porque la literatura nace en el mismo lugar en el que nacen nuestros sueños. Y él lo supo siempre. No lo olvidemos.

Convendría recordar que lo expuesto no son sino impresiones personales, ajenas a toda pretensión de objetividad y a todo propósito de demostración positiva. Son éstas las consideraciones menos científicas que imaginarse puedan. Y para su exposición sólo se puede esgrimir una excusa: el entusiasmo que las ha hecho nacer y madurar en mí como lector, como profesor y como escritor, y el entusiasmo que desean inducir en los atentos y amables lectores. Como diría Félix de Azúa, nada más ajeno a tanto despropósito científicista con que algunos han tratado de adornar a la literatura, como si no se bastase y sobrase ella sola para seguir siendo el más poderoso instrumento de comunicación y de contacto entre los seres humanos.

A veces, la lectura de un libro moviliza en nuestra alma recursos dormidos, o desconocidos incluso por nosotros mismos, recursos ocultos que nos protegen y nos proponen seguir acercándonos al misterio de la literatura, desprendernos de corazas, bajar la guardia y poner nuestra piel a disposición de las caricias... Pero, se ha hecho tarde...

¹⁷ *La pura alegría de leer*. En *El País*, 15-9-2005, pág. 35.

Apenas si queda luz para seguir escribiendo... Mientras dure el invierno, los libros nos permitirán guardar nuestros sueños entre sus páginas, para que no se mueran de frío. Ojalá regresen pronto los días azules y aquel sol de la infancia. Entre tanto, seamos sabios, disfrutemos de la memoria, el diálogo, la luz –el gozo de la palabra– como si se tratase de un licor ilusorio, carísimo.